

SEVILLA NO ES UNA FIESTA

1

LUIS CARANDELL

ESTABA yo el otro día asomado a uno de los ventanales de la Giralda, a la que había subido en obligada ascensión turística para contemplar Sevilla desde la altura, y me estaba acordando, por una curiosa asociación de ideas, de don Luis Vélez de Guevara, maestro mío en esto del periodismo. Y digo del periodismo porque, en su libro «El Diablo Cojuelo», Vélez de Guevara hace lo que hoy llamaríamos un magistral reportaje de la vida sevillana de su siglo. Este reportaje queda, claro está, un poco oscurecido en el conjunto del libro por la enorme fuerza de las páginas consagradas a Madrid, con ese asombroso artificio literario que consiste en levantar por arte diabólica los tejados de las casas para sorprender en cueros vivos a la humanidad de la Corte ante los ojos atónitos de un estudiante de profesión, hidalgo a cuatro vientos, que ha liberado al Diablo Cojuelo de la redoma donde éste se hallaba encerrado. Agradecido el demonio y sabedor de que el estudiante, don Cleofás Leandro Pérez Zambullo, se halla perseguido por la justicia a instancias de una falsa doncella de nombre doña Tomasa de Vitigudino, le traslada por los aires a Sevilla y le muestra la «populosa ciudad, estómago de España y del mundo, que reparte a todas las provincias de él la sustancia de lo que traga a las Indias en plata y oro». Y estando en el terrado de la posada donde se hospedaban, en la calle del Agua, contemplando «aquel numeroso ejército de edificios», le dice don Cleofás al diablo:

—Enséñame desde aquí algunos particulares si se descubren a la vista.

El Cojuelo le describe la ciudad y al otro día lleva al estudiante a conocer lugares como el garito de los mendigos, para entrar en el cual han de hacerse invisibles, o la Academia Literaria de la calle de las Armas.

Recordaba yo los Trancos o Capítulos del libro dedicados a Sevilla y no podía por menos que lamentarme de no tener a mano un demonio, bien fuera el Diablo Cojuelo o un sucesor suyo más modesto, para que como a don Cleofás me mostrara Sevilla, ya que tengo por cierto que solamente el diablo pueda ufanarse de conocerla, como suele decirse, palmo a palmo. De la mano de un ángel, es

seguro que la ciudad resultaría más bien sosa, aunque bella, con una belleza de prospecto turístico, con esa «gracia» oficial y pacata, la gracia del NO-DO o de Televisión Española en sus arrebatos andalucistas, y los colorines del suplemento dominical de los grandes rotativos. El ángel tendería, sin duda, a hablarnos de lo muy caritativas que son las damas sevillanas, de la devoción de las gentes, del señorío y rumbo de sus próceres, y diría que allí los pobres, aunque pobres, acostumbrados como están a su pobreza, gozan de una felicidad ingenua y sencilla. Que, siendo el clima benévolo, apenas corren el peligro de pasar frío y que es una constante de la cultura andaluza el comer poco, de forma que la gente se toma a mediodía un **pescaito** frito y un vaso de vino y ¡a vivir! bajo el sol de Andalucía. Y añadiría que los sevillanos son altamente ingeniosos, dicharacheros y chispeantes, de forma que están todo el día metidos en jerga y muertos de risa. Y finalmente, que la exquisitez de las artes que allí florecen, el esplendor y la gracia de la arquitectura, la poesía de sus rincones urbanos y la hermosura, honestidad y recato de las mujeres compensan con creces algunos comprensibles problemas y dificultades por que la ciudad atraviesa en estos días como consecuencia de su súbito crecimiento: los cuales se resolverán, sin duda, un día de estos gracias a una administración eficiente.

Por su parte, el diablo, sin despreciar las artes, la arquitectura, la poesía, la belleza o el ingenio que todavía pueden adivinarse en Sevilla en medio del caos urbanístico que en ella impera, tendería a verlo todo bastante más negro, como corresponde a tan infernal criatura, y nos mostraría personas, cosas y lugares que acaso resultarían escandalosas a los ojos de un ángel. No quiero meterme en modo alguno a árbitro en el pleito que, sin duda, tendrán entablado los dos espíritus a propósito de las cosas de la ciudad y me limitaré a recomendar aquí que, si alguno quiere de verdad conocer Sevilla, procure buscar la compañía del demonio avisado de las letras castellanas.

Pasé una semana en Sevilla a fines del pasado noviembre y, como don Cleofás Leandro Pérez Zambullo, busqué un hospedaje en el centro de la ciudad vieja, no



Durante todo el año pasado se han producido noticias de derrumbamientos de casas en Sevilla. Muchas otras en la ciudad amenazan ruina y no pueden ser desalojadas por falta de viviendas. En muchos lugares, las casas están apuntaladas.



lejos de la calle de las Sierpes. Sevilla, a pesar de haber extendido enormemente su superficie en barrios de nueva planta y de haber duplicado su población en pocos años hasta rebasar en mucho los setecientos mil habitantes, no ha perdido, al revés de lo que ha pasado en otras ciudades, su centro de siempre. Ni los sevillanos ni los habitantes de los pueblos de toda la zona agrícola que da vida a Sevilla han abandonado la ciudad vieja. Si en Madrid la Puerta del Sol ha perdido el carácter de corazón de la ciudad, la calle de las Sierpes de Sevilla —donde estuvo, en el solar que hoy ocupa el Banco Hispano Americano, la cárcel en la que Cervantes concibió entre rejas «El Quijote»— es el lugar donde se encuentran los amigos, donde se reúnen las peñas para el aperitivo o el café, donde se contratan los subalternos de los toros o los músicos de los conjuntos y donde el señorito pobre, con tal de ir aguantando mal que bien su tren de vida, pide dinero prestado al matatías (ver aclaraciones ulteriores sobre tan importante institución sevillana). Allí puede verse lo mismo al propietario agrícola con sombrero de ala ancha cerrando un trato en la barra de Casa Calvillo que a un grupo de yeyés sentados en Los Candiles. Todas las mañanas tiene lugar en Sierpes, frente al edi-

ficio del Círculo Mercantil e Industrial, una auténtica Bolsa o Lonja de contratación, donde se concluyen, en medio de la calle, desde las grandes operaciones financieras hasta los negocios mínimos de la España del hambre. La Cámara Agraria fundó en algún momento una Lonja para terminar con la contratación callejera, pero fracasó totalmente en su intento. Nadie quiso ir a aquel salón. Así Sierpes, con sus tratantes, sus colaboradores, sus banderilleros y mozos de estoque, sus loteros, sus yeyés, sus betuneros y sus matatías, tiene siempre el aspecto abigarrado y vivo de un «zoco sui generis». Para que se vea si es peculiar esta calle en particular y Sevilla en general, contaré el caso de una famosa zapatería que está situada en una de las travesías de Sierpes, muy cerca del edificio de un gran Banco. Al parecer, esta zapatería tiene el almacén en el segundo piso de la casa que ocupa y como entre la tienda de la planta baja y el almacén hay otro piso habitado por una familia, y no existe por tanto la posibilidad de construir una escalera interior, se recurre al siguiente procedimiento: cuando el comprador, como sucede sin duda muy a menudo, pide un zapato del que no queda ningún par en la tienda proplamente dicha, el dependiente sale a la calle

y colocando la mano en altavoz junto a la boca y mirando hacia arriba, grita, por ejemplo: «¡Niño! ¡Un mocasin negro del cuarenta!». A los pocos segundos sale al balcón del segundo piso un señor con guardapolvos y arroja a la calle la caja de cartón con los zapatos solicitados.

En la calle de las Sierpes y en otras calles adyacentes, en la zona comprendida entre La Campana y la Plaza de San Francisco, llamada en los planos y en los rótulos (aunque sólo en los planos y en los rótulos), Plaza Falange Española, así como en varias otras zonas de la ciudad antigua, está prohibido el tránsito rodado. Esta circunstancia, que envidiarían los atribulados madrileños, basta para hacer de Sevilla, al menos para el visitante, una ciudad agradable en comparación con otras de España. Fuera de esta zona privilegiada, en cambio, el tráfico sevillano es un reflejo catastrófico de la catástrofe urbanística de la ciudad. Los Ayuntamientos sevillanos, aun suponiendo que estén formados por personas competentes y desinteresadas, están a menudo inmovilizados por toda una teoría de «imponderables». El novelista Manuel Barrios, en un artículo publicado no hace mucho en «Destino», contaba que al oponerse unos concejales a una decisión dictatorial de un alcalde, éste les

amenazó diciendo: «Como sigan jorobando les voy a quitar el pesebre». Y transcribía una información de prensa dando cuenta de la reunión de un pleno municipal celebrado hace cinco o seis años. La recojo aquí para dar al lector una idea del estado de las cosas en la capital de Andalucía:

«Aprobación inicial del proyecto de modificación de ordenanzas constructivas en el barrio del Porvenir. La presidencia solicitó, y así fue acordado, retirar esta cuestión. Proyecto de reglamento de sesiones del Ayuntamiento: el asunto quedó sobre la mesa. Proyecto sobre el colector general del Arroyo Tamarguillo: el asunto, por no asistir número suficiente de capitulares, quedó sobre la mesa. Aprobación inicial del proyecto de reforma de la calle San Fernando: el asunto, a petición del alcalde, quedó sobre la mesa. Propuesta en relación con la enajenación de parcela expropiada en Los Remedios: a petición de la presidencia, este asunto, para un mejor estudio, fue retirado del orden del día. Otros asuntos, por falta de «quorum» hubieron de quedar sobre la mesa. En el capítulo de ruegos y preguntas, el señor... renunció al que pensaba formular, dejándolo para la próxima reunión plenaria. Sobre gerencia de urbanismo, el alcalde dijo que la citada gerencia quedó pen-

diente del proyecto que tiene que ser aprobado. En cuanto al asunto de adquisición de camiones para el servicio de limpieza, contesta el alcalde diciendo que no está preparado para informar y que lamenta la ausencia del concejal delegado correspondiente, quien podría hacerlo».

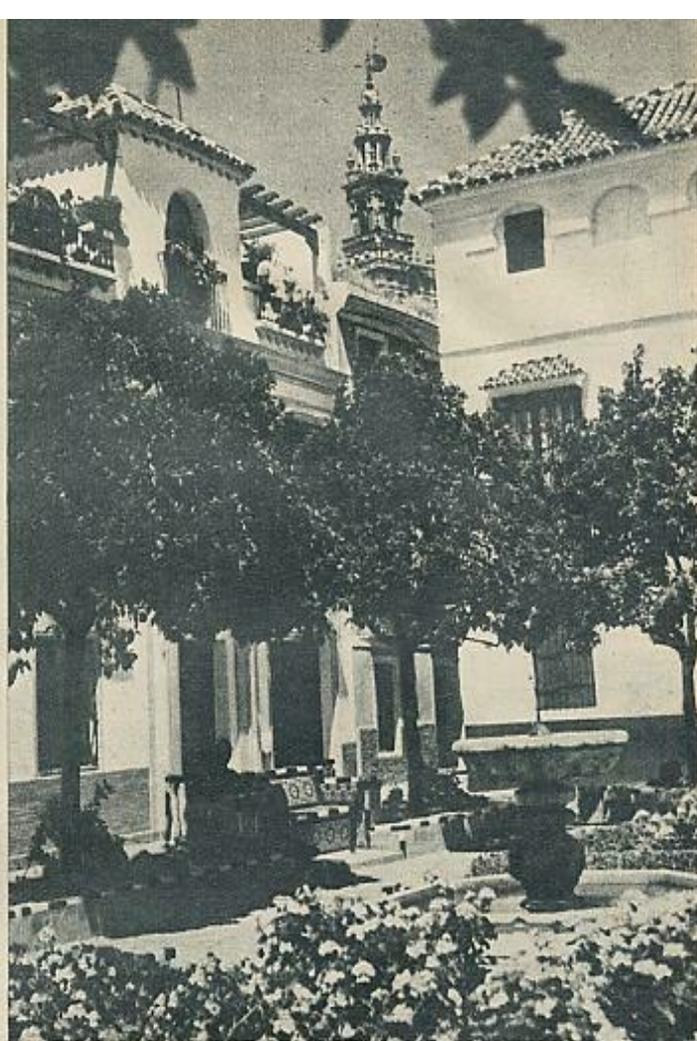
Un ex concejal que terminó aburrido de su mandato me decía que Sevilla solamente tendría remedio si hubiera seis ciudadanos dispuestos a hacerse cargo de la alcaldía sucesivamente y a ser destituidos de su puesto uno detrás de otro por las fuerzas que controlan la ciudad. Creía el hombre que el séptimo alcalde, después de la fulminante destitución de sus compañeros, tendría autoridad suficiente para hacer algo a derechas. Este mismo ex concejal me contaba que, siendo él responsable del tráfico de la ciudad, se corrió en una ocasión el rumor de que se iba a prohibir el tránsito rodado por una determinada calle y al día siguiente recibió más de cien cartas de señores que le pedían un permiso especial para circular en coche por esa calle en caso de que el rumor se hiciera realidad. «Lo que querían era presumir con los amigos en el Casino enseñándoles el permiso especial», comentaba.

Sevilla es una ciudad que ha crecido desmesuradamente en pocos años como consecuencia de la masiva inmigración campesina procedente de su provincia y de las de Huelva, Cádiz y Badajoz. Se ha hecho todo sin plan o con independencia de los planes hispánicamente exhibidos al público. Personas informadas expresan a propósito de la ciudad la predicción pesimista, aunque no desencaminada, de que habrá que hacerla nueva dentro de veinte años. Algunos barrios nuevos han recibido una mención especial en «simposiums» internacionales. El barrio residencial de Los Remedios, por ejemplo, que está situado al otro lado del río, junto a Triana, fue presentado en Nueva York no hace mucho como modelo de la forma en que no se debe hacer un barrio residencial de sus características.

Esta falta de orden hace posible por ejemplo que se levanten otra vez las calles después de terminar las obras que en ellas se hacían, por la sencilla razón de que se dan cuenta al final de que se han olvidado instalar las tuberías de gas o las conducciones eléctricas. Puede suceder igualmente que ordenen que se construyan garajes y aparcamientos en una calle y cuando ya están cons-

truidos disponen que se prohíba por esa calle el tránsito de automóviles. Una nota pintoresca, y esta vez típicamente sevillana, ya que los demás olvidos y contradicciones pueden suceder y de hecho suceden en todas las ciudades, es lo que me contaba un amigo mío, probablemente imbuído del espíritu diabólico e insidioso a que antes me refería. El Ayuntamiento asfaltó la calle donde él vivía y cuál no sería su sorpresa cuando, a los quince días de la reparación, observó que el asfalto estaba completamente roto y agrietado. Se quejó, a nivel particular, ante un conocido suyo que, al parecer, tenía un cargo de responsabilidad en el Municipio. «Mira, Manolo, que hace quince días que pusieron el asfalto y ya está roto». Y contestó Manolo: «Hombre, ¡es que ha llovido!».

Pero el caos de la ciudad de Sevilla tiene aspectos más trágicos y dolorosos. El problema de la vivienda reviste allí caracteres dantescos. Esto se debe, por una parte, al hecho de que el Polo de Desarrollo establecido en Sevilla ha atraído a una inmigración numéricamente muy superior a la que realmente podía absorber. No se puede afirmar que haya sido un completo fracaso, pues se han establecido industrias, algunas de ellas —pocas— importantes, que han hecho crecer la ciudad hasta sus límites actuales. Según dicen, el Polo no ha proporcionado sino un cincuenta por ciento de los puestos de trabajo que se esperaban. Esto ha traído consigo una mano de obra flotante, sin ocupación demasiado fija, que se emplea ocasionalmente en la construcción y cuando hay crisis en la construcción o exceso de oferta de trabajo tiene que dedicarse a pequeñas ocupaciones meridionales por decirlo de alguna manera, al pluriempleo absurdo de los trabajuelos celtibéricos. En época de la recogida de la aceituna, la gente se marcha al campo a ganar lo que pueda para el año que le espera, a fin de sostener esa «vita mínima» de que hablaba Ortega, teorizando en su torre de marfil acerca de la «holgazanería» andaluza. La holgazanería andaluza no se ve en Sevilla ni en Andalucía por ninguna parte, dicho sea esto entre paréntesis, y menos todavía la holgazanería como forma de la cultura andaluza. Bueno, pues al terminar la recogida de la aceituna —que es cultura andaluza en estado puro— la gente vuelve a la ciudad y el problema de la vivienda cobra acentos dostoiéfskianos. A esto se une la cuestión urgente,



El lirismo sevillanista que exalta las bellezas de la ciudad, tomando como base el encanto indudable de una de las ciudades más originales y bellas de España, corre el peligro de servir de pantalla para ocultar los agobiantes problemas que la ciudad tiene planteados en todos los órdenes.

como diría Televisión Española, de los derrumbamientos. El subsuelo de Sevilla es movedizo. En épocas remotas, el Guadalquivir era en esta región un lago y hasta tiempos relativamente recientes, varios riachuelos atravesaban la calle de las Sierpes. «Aquí pegas dos golpes en el suelo y sale agua», me dijo alguien.

Durante todo el año, los periódicos han publicado noticias de derrumbamientos de casas de vecinos. Muchas otras en la ciudad, en Sevilla y en Triana, amenazan ruina y no pueden ser desalojadas por falta de viviendas donde meter a la gente. En muchos lugares se ven casas apuntaladas. El problema, no hace falta decirlo, se agravó como consecuencia del último terremoto. La solución, provisional como casi todas las que se toman allí, ha consistido en construir los llamados «refugios», que, como su nombre indica, son edificaciones desesperadas para situaciones esperadas. Se encuentran unos refugios en el centro de la ciudad, en antiguos cuarteles o viejos edificios más o menos acomodados para viviendas, a base de levantar tabiques que, sin llegar al techo, proporcionan un simulacro de habitación para una familia. Pero los refugios propiamente dichos, sufragados unos con cargo al presu-

puesto y otros con cargo a la caridad pública que en Sevilla, como tendré ocasión de decir más adelante, ofrece muestras antológicas e increíbles, son los construidos en las zonas periféricas de la ciudad. A veces consisten simplemente en barracones divididos por dentro en pequeñas células, otras veces en lo que se llama «las casitas bajas» que, como su nombre igualmente indica, son edificaciones de una planta, de techo plano y en las que cada familia dispone de una alcoba y un cuarto de estar de proporciones mínimas. En las «casitas bajas» situadas en el Polígono de San Pablo, entre las dos zonas de «casas altas» donde habitan los que encontraron piso, viven quince mil personas en estado de hacinamiento. Son, todavía, los «arriados», o sea, las víctimas de la riada del Tamarguillo que se produjo hace ya unos ocho años. Estos refugios del Polígono de San Pablo, «provisionales» como son, tienen además la particularidad de que los servicios son comunes para cada grupo de casitas, de manera que la gente tiene que ir a lavarse y a buscar el agua a los servicios. En invierno, y a pesar del principio de que «en Sevilla no hace frío», la gente se hiela de frío y de humedad, y en verano, con los tejados planos y una construc-

SEVILLA NO ES UNA FIESTA

ción tan contraria a la tradición arquitectónica andaluza, que manda que la luz se reciba por los patios y no por el exterior de la casa, el calor es tan agobiante que todo el mundo saca el colchón para dormir en la calle. Y el espectáculo, de quince mil personas durmiendo en la calle, excede toda posibilidad de descripción.

En todas partes existe este tipo de barrios. Pero lo de Sevilla no tiene parangón. Hay muchos otros refugios como éste y el bajo nivel de vida, el paro que sufre la ciudad hace imposible encontrar una solución. La gente no tiene dinero suficiente para pagar la mensualidad de una vivienda, no tiene ni siquiera dinero suficiente para pagar las cincuenta o cien pesetas que le cobran por el refugio. La familia de El Pollito y la familia de La Canija se quedarán allí perpetuando la civilización de la pobreza. Un cincuenta por ciento de las mujeres que viven en el barrio y un veinticinco por ciento de los varones son analfabetos. Para terminarlo de arreglar se presenta por allí de cuando en cuando una visitadora de la Sección Femenina que llaman «la señorita de los casamientos», cuya misión consiste en velar por la moral pública. Y cuando no, caritativas damas y generosos caballeros se dejan caer por el barrio con mantas, juguetes y buenos sentimientos.

El caso de La Corchuela, y ya termino con este tema, es un caso particular. La Corchuela es una finca situada a diecisiete kilómetros de Sevilla, donde se ha construido también una colonia de refugios de parecidas características. La distancia que la separa de la ciudad y las malas condiciones que presenta, según dicen hay muchos mosquitos, hacen que los «pobres» de Sevilla tengan horror de ir a vivir allí. Ha llegado a haber protestas colectivas y problemas de orden público por esta causa. Mientras tanto, en Sevilla se rumorea, y esto pertenece otra vez al mundo de la picaresca municipal, que La Corchuela fue adquirida por un alcalde por el único motivo de hacerle un favor a un amigo que andaba mal de dinero.

¡La de cosas que descubriría el diablo si volviera a Sevilla! ■ L. C.

Próximo reportaje:

SEVILLA NO ES UNA FIESTA

(II)

UNA CIUDAD BARROCA



“Desprecia
cuanto ignora...”

JOAQUÍN CARO ROMERO, POETA “MALDITO” DE SEVILLA

ESTA ciudad del Sur tiene una especial sordera, de la que no sale ni con el sonotone que reiteradamente le aplican a sus oídos algunos escritores en otro tiempo alineados en el realismo-social, ciertos catedráticos que publican en Gredos o que acuden cada mañana a la rebótica librería de Pepe Blanco, un sitio siempre libre para la memoria de don Manuel Giménez Fernández, ahora una silla a modo del académico borrón y cuenta nueva del «decíamos ayer» que civilmente pueden representar don Ramón Carande o don Alfonso de Cossío.

Esta ciudad del Sur tiene una especial sordera para no enterarse de los poetas que, por azar o por aquello de que el subdesarrollo y el regodeo de la estética están siempre por bajo del paralelo 38, le suelen nacer de cuando en vez. Quien coja el callejero de Sevilla o se lo pida prestado a un guardia de los que en estos días desvían la circulación por el centro de la ciudad, podrá ver que tiene calle doña Antonia Díaz, una poetisa que sirvió en el pasado siglo los mejores chocolates en las «soirées» que organizaba su marido, el difuminadamente escritor don José Lamarque Novoa. Podrá ver que calle tienen, o glorieta, hasta los raros, desde López Pinillos (sin «Parnemo») hasta Francisco de Medrano o Juan de Jáuregui, aunque la rotonda dedicada a este último sea más conocida por un apodo de izas, rabizas y colipoterras.

Pero a los oídos oficiales de Sevilla no existe Antonio Machado, que le nació una tarde de julio de 1875, como aquella en que Mercedes cambió de color en el romance de don Rafael de León y Arias de Saavedra, marqués del Valle de la Reina y conde de Gómara. A los oídos oficiales de Sevilla no existe tampoco Luis Cernuda, que le nació un día de 1902 en la calle del Aire, para escribir con los años los versos civiles y las prosas más estrictas para navegar la ciudad. Los oídos oficiales de Sevilla no se enteraron hace poco que del exilio le había vuelto un poeta, Antonio Aparicio, tan mítico que tenía hasta libros publicados por Losada en Buenos Aires, y que era amigo de Rafael, el ahora romano. Para Antonio Aparicio, la ciudad apenas tuvo unos honrados versos por

boca de Reyes Fuentes, en sus «Elegías del Uad-El-Kebir»; unos versos y no un serratlano laurel, sino el olvido de cada día en una agencia publicitaria, en la jefatura de redacción de un semanario local que nunca levantó cabeza, por muchos dineros que le arrimaron.

Los oídos de esta Sevilla oficial están a prueba de todo lo que no sea defensa de lo que nadie ataca, adhesión a lo que nadie pone en duda. Atentos están a todo lo que suena en salones académicos de damasco empolvado, donde los que tienen que hacerlo escuchan complacidos por oficio discursos y divagaciones sobre sermoneros concepcionistas del XVI, lo que después hacen constar en acta para recogerlo de siglos venideros. Pero no se enteran de lo que culturalmente ocurre en la ciudad. Ni de que Alfonso Jiménez es representado por los muchachos de Lebrija. Ni de los devaneos de la reina castiza que Esperpento lleva hasta el municipal y subvencionable teatro Lope de Vega, plaza rotunda del revivalismo de Anibal González en los años veinte. Ni de los recitales de José Menese en la Escuela de Industriales. Ni de lo que se cuega en la sala La Pasarela. Ni de lo que se vende en la librería Antonio Machado.

Quitando cuanto de él se ha ocupado la prensa local (generosas páginas en «ABC», donde trabaja en el archivo; una autocrítica en «El Correo de Andalucía» del padre Javierre, esto es todo), Sevilla ha hecho una vez más oídos sordos a la aparición del libro de uno de sus poetas, Joaquín Caro Romero. No, no es una edición de autor; ni un cuadernillo publicado en una efímera colección provinciana. Lleva el sello de Insula, el grabado de la isla con la intención de Cano y de Canito. Y un prólogo de Jorge Guillén, otro señor a quien la ciudad ignora, por mucho que fuera aquí catedrático. (De vez en cuando, las mediocridades de turno nos recuerdan que ellos fueron discípulos de Guillén, aunque sólo contaran como un nombre en la lista de la clase del Preparatorio de Derecho, viejo caserón de la calle Laraña, donde ahora Maese Rodrigo pasea su soledad por el claustro tras el pie entre los jesuitas y el Estado.)

En beneficio de Joaquín Caro (aquí puede el lector introducir el tópico al uso, a costa de su homónimo el de la canción a las ruinas de Itálica), tendremos que decir que el prólogo de Jorge Guillén a esta antología, «Vivir sobre lo vivido», es más interesante por el significado que por el significante, por cifrarlo en términos saussurianos. En el volumen de Insula está lo más granado de su trabajo poético desde 1960 a 1970.

¿Por qué, entonces, este silencio sevillano hacia Caro, al margen de las generosas páginas de los periódicos? Hace ahora un año que se murió otro Joaquín: Romero Murube, el que fue nombrado por la República conservador-director de los Reales Alcázares (supongo que entonces «x Reales»), el que cultivó la amistad de Federico entre palmeras y surtidores, el que citan las antologías que rastrean las nóminas completas de nuestras series de escritores. Los periódicos locales han venido estos días llenos de gacetas cuasi editoriales recordándolo, de cartas al director en verso haciendo fáciles imágenes con el título de una de sus recopilaciones de artículos, «Los cielos que perdimos». Pero aquel otro Joaquín supo complacer a la ciudad en anuladoras quasidas de palmeras, patios, esquinas, rejas, macetas y huertos cerrados, y dicen que tenía una novia en el aire de Sevilla.

Este Joaquín Caro Romero de nuestros pecados no complace, en cambio, a nadie. Y su musa de La Resolana, una sirvienta de las que no saben leer, espejo de frustraciones, seguirá por los siglos en la erótica soledad de los altos lavaderos. Sus poemas traen el sabor de la carne, de la pobreza, del sexo, de los anocheceres de revuelos de tergal en los portales de barrio, esa pava que pela Sevilla frente a la estricta moral predicada en tardes de incienso por antiguos curas con sotana.

Están en los versos de Caro, ahora recogidos en la antología de Insula, las ciegas cretonas de los «meublés», la rebeldía de los instintos, el escándalo de lo prohibido, las tapas de los fusilamientos y de la prostitución, el amor en las ruinas de Itálica, las mismas de su homónimo, pero unos siglos más tarde y con el sexo de por medio. Está en los versos de «Vivir sobre lo vivido» la cesta del almuerzo de la mujer obrera, que aguanta la injusticia andaluza «ajustando las semanas/al jornal de la agonía». El poeta emprende un emocionado recorrido por las cosas humildes y cotidianas. Y, junto a esto, la obsesión por el tiempo, un ateísmo a lo Camus, y la vuelta a la «habitación número siete» de esas pensiones de la Alameda donde en la cancela avisa el timorato letrado que «no se admiten matrimonios sin maleta».

Todo esto es demasado para una ciudad que sólo escucha pipros celestiales, poemas a la Giralda, quasidas de la muerte pequeña. Después de todo, no será la primera vez y puede que tampoco la última. En un palacio de la Puerta Jerez (por la primavera también, como cuando a Mercedes le cambió la color) nació, en 1898, el nieto del intendente general de Sevilla. Aquel niño, inscrito en el registro como Vicente Alexandre, se habría de criar en Málaga. ■ ANTONIO BURGOS.